



PILAR TENA

LA  
EMBAJADORA

# La embajadora

Pilar Tena

**Rocaeditorial**

# LA EMBAJADORA

Pilar Tena

Una nueva embajadora de la India presenta sus Cartas Credenciales ante el rey de España en el Palacio Real de Madrid. Malah Singh, hija de un maharajá, es una mujer atractiva e inteligente, que esconde un secreto tras su aparente seguridad sin fisuras. En Asturias, donde pasa unos días de vacaciones, Diego, que comparte ese episodio oculto de su vida, se sobresaleta al encontrar en la prensa una entrevista con ella. El oscuro pasado que une a Diego y a Malah, supuestamente enterrado, vuelve inesperadamente para alterar su presente.

Intriga, aventura, crimen, romance y poder se combinan en una novela que nos muestra un mundo exclusivo y diferente que va desde la vida cosmopolita de las embajadas hasta el exotismo de la India. Una novela sobre las contradicciones del alma humana y los juegos que nos impone el destino.

Honor, poder, ambición, amor y odio mueven a los protagonistas de esta novela inspirada en hechos reales.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Pilar Tena** (Madrid, 1955) es licenciada en Derecho y en Ciencias de la Información. Ha ocupado puestos relevantes en la dirección de organizaciones sin ánimo de lucro y sus diversas ocupaciones le han permitido viajar por todo el globo, desde Dublín a Sídney, pasando por Nueva Delhi, Londres, Estocolmo, Ginebra o Nueva York. Ha escrito dos libros: *Contratiempos*, una colección de relatos cortos, y *Cómo sobrevivir a un despido... y volver a trabajar*. En la actualidad vive a caballo entre Ámsterdam, Madrid y Asturias.

## ACERCA DE LA OBRA

«En la prosa clara, precisa y llena de detalles sutiles de Pilar Tena encontré una seguridad y una voz muy personal.»

Mario Vargas Llosa

«Las historias de Pilar Tena están construidas con elegancia y sutileza, y resultan especialmente sugerentes cuando indagan en los corazones y la sensibilidad femenina.»

John Banville

«Un inteligente *thriller* psicológico que no solo se desarrolla en un ambiente tan extraordinario como desconocido, sino que nos hace reflexionar sobre uno de los temas más apasionantes: la tenue frontera que separa el bien del mal.»

Carmen Posadas

«El bien y el mal de este mundo de dualidad no son reales...  
y solo existen en la mente.»

Bhagavata-purana, canto XI, capítulo XXII. Siglo X.

Para Lolita,  
que a través de sus grandes ojos azules, ahora tan in-  
cetes,  
conocerá el bien y el mal de este mundo.

## Contenido

Portadilla  
Créditos  
Acerca de la autora  
Cita  
Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Epílogo

Créditos

## 1

La carroza avanzaba lentamente sobre los adoquines de la plaza Mayor. Contra todo pronóstico, Malah estaba nerviosa. No tanto por la perspectiva de la ceremonia a la que se dirigía, y de la que era protagonista, como por el hecho de encontrarse en España después de lo ocurrido años atrás.

A diferencia de otros embajadores que se enfrentaban como ella por primera vez a este trance, para Malah nada resultaba nuevo; el protocolo y el calor, ya intenso a las once de la mañana, eran habituales en su vida desde que tenía uso de razón. Ninguno de los dos la intimidaba. Tampoco se sentía incómoda envuelta en su solemne sari de seda verde ribeteado con una cinta de color rosa fuerte y dorado, a pesar de que la blusa le apretaba el pecho en exceso. Cuando semanas antes, aún en Delhi, le habían dado los últimos retoques, su intención había sido adelgazar dos o tres kilos antes de la ceremonia de presentación de Cartas Credenciales ante el rey de España. Por eso había animado al sastre a ajustar el *choli* que ahora sentía como un cilicio alrededor de su tronco, oprimiendo su estómago tenso. El resultado final era, sin embargo, positivo: esos centímetros de tela que echaba de menos la obligaban a mantener la espalda derecha y, al evitar que se acentuara la casi ineludible lorza en la cintura, favorecían sin duda la dignidad de su imagen.

No se había maquillado demasiado ni sus joyas eran excesivas, aunque las había elegido con cuidado. Por supuesto el impactante Sol de Hielo, el diamante recuperado, cargado de historia, y colocado en el dedo anular de la mano izquierda para evitar accidentes al estrechar otras con su mano derecha; los pendientes de esmeraldas, el sobrio colgante asomando discretamente. Los funcionarios diplomáticos, y por supuesto el rey, sabrían apreciar la sutileza de sus

complementos, entre los que también se encontraba un sencillo bolso de mano de un color indefinible, entre gris y amarillo, similar al tono de las sencillas sandalias de tacón. Malah no necesitaba sobrecargar su atuendo, no solo porque hoy representaba al Gobierno de su país y no a su familia, sino porque todos sabían quién era y no tenía que demostrar nada.

Lástima que, según le habían informado los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores al explicarle los pasos de la ceremonia que ahora se desarrollaba, la reina no fuera a estar presente en los actos. Doña Sofía la había impresionado cuando Malah la conoció siendo aún adolescente, durante uno de sus numerosos viajes, siempre discretos, a la India. La madre de Malah la apreciaba, incluso la quería, y había tenido una estrecha relación durante muchos años con la reina Federica, enamorada también de su país. Más adelante, le sugirieron los diplomáticos, podría pedir una audiencia privada e informal con ella; dada la amistad entre sus familias estaban convencidos de que su majestad la reina la recibiría encantada en la Zarzuela.

Mirando de reojo hacia su izquierda, Malah comprobó que el responsable de Protocolo sentado a su lado en la carroza parecía aguantar el calor peor que ella. Pero se lo tomaba con sentido del humor.

—Menos mal que estará usted acostumbrada a estas temperaturas, embajadora. En realidad yo también, esto no es excepcional en Madrid en estas fechas, pero no salgo precisamente todos los días de mi casa con el uniforme puesto. Además, no me resigno a que me lo arreglen y con varios kilos de más sigo usando el mismo que me hice hace veinticinco años cuando ingresé en la carrera. Ni siquiera he movido los botones.

Malah, sin contestarle, le sonrió, evitando comentar sus propias preocupaciones sobre el tema, que no le pareció apropiado compartir con el amable diplomático que la acompañaba desde primera hora de la mañana. Había ido a recogerla a su residencia en un coche oficial y la había es-

perado durante unos minutos en el vestíbulo junto a sus colaboradores. Al verla descender por la escalera se había inclinado levemente, bajando la vista hasta que la embajadora se encontró a su nivel. Quizá supiera, pensó Malah, si era aplicado, que lo parecía, y se había estudiado bien el dossier, que en su país, sobre todo cuando viajaba a Kawalpur, muchas personas la trataban aún con esa especial deferencia, un respeto debido mucho más a la historia y la tradición que a su actual estatus. Pero a lo mejor no era así, y el gesto era parte del trato de consideración que dispensaba a todos los embajadores.

Con esa sonrisa sin palabras, Malah pedía al amable funcionario unos minutos de silencio, que le fueron concedidos con la discreción deseada.

Contempló a través de la ventanilla de la carroza las fachadas de los edificios del viejo Madrid de los que Diego le había hablado tantas veces. Diego. Hacía mucho tiempo ¿veinticinco... treinta años?, sin embargo recordaba cada segundo de esa primera noche con él en su casa de Nueva Delhi. Las aspas del gran ventilador blanco moviendo el aire caliente sobre ellos, las sábanas mojadas tras la batalla de sus cuerpos, los mechones de cabello rubio cuando descansaba sobre su vientre. El hombre nuevo que surgió en esas horas, muy alejado del tranquilo y aparentemente reservado fotógrafo que había llegado a la ciudad unos meses antes coincidiendo con acontecimientos que iban a marcar la historia de la India. Un hombre apasionado y decidido, que no estaba dispuesto a dejar un solo centímetro de la piel de Malah sin explorar.

No había sido fácil llegar hasta ahí. Ese día estaba sola en casa pero siempre había el riesgo de que, a pesar de las órdenes terminantes que había dado, uno de los empleados se presentara en el momento menos oportuno. Sin embargo nadie apareció, y durante las largas horas que pasaron juntos pudieron aislarse del mundo exterior y disfrutar

del encuentro de sus pieles húmedas, la consumación del deseo que venía creciendo entre ambos desde hacía semanas.

Diego nunca estuvo tan maleable como esa noche, entregado al cuerpo de Malah, ajeno a los planes que había tramado para él. Pero cuando ella oyó los gritos de las hienas temió por un instante que rompieran el encanto, que él reconociera el aviso y se escapara de sus brazos y de sus designios.

Malah recordaba perfectamente los sonidos de la noche, cómo le miró de reojo, con su cabeza inclinada hacia atrás, y la imagen tranquilizadora del hombre tumbado junto a ella, su respiración pausada, los brazos rodeando su cintura, la expresión serena. Quizá no hubiera oído los aullidos que venían del cercano zoológico... o, si lo había hecho, no había sabido interpretarlos. El intenso placer que sentía no le permitía a Diego darse cuenta de que el peligro acechaba.

Malah posó las palmas de las manos sobre su estómago y cerró por un instante los ojos, abriéndolos de nuevo de par en par y sonriendo a su acompañante para romper así el hechizo que la había trasladado por unos minutos, como en un túnel del tiempo, a su juventud, muchos años atrás.

El paso por la sede principal del Ministerio de Asuntos Exteriores, el palacio de Santa Cruz, en la plaza de la Provincia, había servido para relajar el ambiente. Había saludado al ministro quien, aunque al encontrarse con ella parecía cansado y preocupado por asuntos más importantes, había ido poco a poco metiéndose en materia y parecía ya, al salir hacia Palacio, plenamente concentrado en la ceremonia que le ocuparía la mayor parte de una mañana que podría haber dedicado a asuntos sin duda de mayor envergadura. Pocos países mantenían estas tradiciones, este protocolo tan solemne para recibir a los embajadores extranjeros, pero, según le explicaron, los españoles estaban orgu-

llosos de ofrecer una bienvenida que reproducía una tradición de siglos y se remontaba a la época en la que España era una gran potencia. Además, por su mirada y el brillo de sus ojos al verla llegar, Malah sospechó enseguida que el ministro era un hombre sensible a los encantos femeninos.

«No me vendrá mal durante mi estancia en Madrid. Hay momentos en los que es legítimo, por el bien de tu país y de tu misión, desplegar también las armas de mujer», pensó, consciente de su atractivo aún potencialmente valioso.

El interior de la carroza en la que ahora avanzaban por la calle Mayor estaba forrado de terciopelo de color rosa claro, con remates de cordones rosa oscuro. La tela resplandecía, impecable; olía suavemente a ambientador de polvos de talco y los seis caballos que tiraban de ella parecían saber lo que hacían, como si la calzada ahora despejada por la policía les perteneciera en exclusiva y no estuviera invadida todos los días por cientos de vehículos.

En la plaza de la Provincia una breve ceremonia de presentación de armas por parte de la Guardia Real, montada a caballo, había servido como aperitivo de lo que sucedería en el Palacio Real. Después, siguiendo las indicaciones de su acompañante, se había dirigido a su carroza alrededor de la cual esperaban varios alabarderos uniformados al estilo del siglo xviii: el cochero subido en su asiento y otros guardias que desplegarían minutos después con eficacia la escalerilla plegable y la ayudarían a subir y bajar.

A Malah le resultó divertido observar la expresión atónita de la gente al verlos pasar. En pleno centro de Madrid los turistas eran mayoría aunque también circulaba gente del barrio o que trabajaba en la zona. Todos, sin excepción, se paraban ante el paso de la espectacular comitiva y, abriendo ligeramente la boca casi sin darse cuenta, intentaban adivinar quién se escondía dentro de las carrozas, a dónde se dirigían, a qué se debía tanto boato. Los caballos de pura sangre española —los que tiraban del carruaje eran de raza holandesa, le habían explicado— al trote, montados por guardias reales de uniforme azul y rojo; los lacayos

con sus pelucas blancas y sus casacas de la época de Carlos III; las motos de la policía abriendo y cerrando esa especie de procesión laica. La presencia, adivinada a través de la ventana de la carroza, de una mujer morena y grave con un lunar rojo en la frente —la marca de las mujeres casadas en la India— y vestida con un brillante sari añadía sin duda exotismo a la escena.

El recorrido hasta el Palacio Real finalizó en menos de diez minutos. Cuando llegaron a la plaza de Armas, Malah se secó disimuladamente las palmas de las manos con un pañuelo de hilo que llevaba en el pequeño bolso. A pie de escalera la esperaban varios diplomáticos uniformados y los cuatro miembros de su Embajada —dos de ellos mujeres— a los que había elegido para acompañarla. Intercambio de saludos contenidos, sin un excesivo contacto físico que todos parecían querer evitar para no alterar sus indumentarias y que, de nuevo, la condición de Malah parecía imponer. Tras bajar de la carroza colocó en su lugar con un movimiento mecánico, casi imperceptible, los pliegues del sari y el elaborado borde, cercano al codo, de las ajustadas mangas del *choli*, comprobando con satisfacción, al separar la tela de sus brazos, que estaba seca.

La grandiosidad del palacio sobrecogieron desde el primer momento a Malah, que sabía apreciar no solo su belleza sino también su significado histórico. Agradeció la delicadeza del introductor de embajadores que acababa de recibirla haciendo tan solo, cuando arrancaban su recorrido hacia la planta principal, algún breve comentario sobre la historia del edificio, lo que le permitió concentrarse en observar con atención lo que la rodeaba. Subieron las anchas escaleras de mármol casi en silencio —más tarde pensó que la experiencia seguramente aconsejaba no forzar el aliento de los flamantes embajadores, ni el propio, en el esfuerzo del largo ascenso—. Pero, fuera por la razón que fuera, esos minutos de ascensión silenciosa sirvieron para relajar la ligera tensión que se resistía a abandonarla del todo.

Una vez alcanzada la meta sin incidentes Malah respiró aliviada, intentando que nadie se diera cuenta de la felicidad que sentía; superado el desafío, por fin se encontraba dispuesta a disfrutar plenamente del momento. Todo estaba en orden: el pelo recogido y ordenado, la seda de su sari resplandeciente, las sandalias confortables en sus pies frescos y secos, la respiración recobrada, la espalda derecha y el estómago contenido. Tras unos minutos para esperar a las otras comitivas del grupo, Malah y sus acompañantes emprendieron el largo camino atravesando lentamente seis salones cubiertos de alfombras espectaculares, arañas brillantes, estatuas imponentes, tapices exuberantes, retratos inmensos, hasta llegar al lugar donde los esperaba el rey junto al jefe de su casa.

El protocolo no planteaba ninguna dificultad. A pesar de las minuciosas instrucciones que había recibido, al encontrarse ante el rey Malah no tuvo más que seguir su instinto. Tanto la ligera reverencia que le hizo nada más entrar en el salón, primero, y de nuevo al detenerse, como la forma en la que avanzó hacia él y le entregó sus Cartas Credenciales mostraban una familiaridad con los ritos y con el fluir de la vida palaciega que no eran habituales. Aunque su rutina diaria no se lo recordaba a menudo, por sus venas corría también sangre real. Malah, como el hombre apuesto y encorvado que sonreía ante ella, había sido educada en el orgullo de su estirpe, en el respeto a la tradición, en la responsabilidad de su herencia. La mirada afectuosa y a la vez divertida del viejo rey parecía reconocer todo esto y la invitaba a acercarse a él, a relajarse, a sentirse acogida con cariño y tratada en un plano de igualdad. ¿O quizá este hábil hombre, que era rey desde hacía ya varias décadas, era capaz de hacer que se sintieran de esa forma todos los embajadores a los que daba la bienvenida a su país? Su fama, en ese sentido, le precedía y todo el mundo elogiaba la simpatía del monarca español.

Pero inmediatamente, cuando se sentaron, supo que no.